

Ririro.com/es te ofrece esta historia de forma gratuita. Nuestra misión es dar a todos los niños del mundo acceso gratuito a diversas historias. Las historias se pueden leer, descargar e imprimir en línea y cubren una amplia variedad de temas, incluidos animales, fantasía, ciencia, historia, diversas culturas, etc.

Comparte con otros nuestro sitio web para apoyar nuestra misión. ¡Que lo pases muy bien leyendo!



Ririro

LA IMAGINACIÓN ES MÁS IMPORTANTE QUE EL CONOCIMIENTO

Ririro

Los pasajeros del coche del correo

Hacía mucho frío, el cielo brillaba con estrellas y no se movía ni una brisa. "Bump". Una olla vieja fue arrojada a la puerta de un vecino; y "bang, bang" fueron los fuegos artificiales; porque estaban saludando el Año Nuevo. Era Nochevieja y el reloj de la iglesia daba las doce. "Tan-ta-ra-ra, tan-ta-ra-ra" sonó la bocina, y el coche del correo se acercó pesadamente. El torpe vehículo se detuvo en la entrada del pueblo; todos los lugares estaban ocupados, porque había doce pasajeros en el coche.

—¡Hurra! ¡Hurra! —gritaba la gente del pueblo; porque en cada casa se recibía el Año Nuevo; y cuando sonó el reloj, se pusieron de pie, con los vasos llenos en la mano, para brindar por el éxito del recién llegado—. Feliz Año Nuevo —fue el grito—, un socio maravilloso, mucho dinero y sin penas ni preocupaciones.



El deseo pasó, y los vasos chocaron entre sí hasta que volvieron a sonar; mientras, en la entrada del pueblo, el coche del correo se detuvo con los doce extraños pasajeros. Y ¿quiénes eran estos extraños?

Cada uno de ellos tenía su pasaporte y su equipaje con él; incluso traían regalos para mí, para ti y para toda la gente del pueblo. ¿Quiénes eran? ¿Qué querían? ¿Y qué trajeron con ellos?

—Buenos días —gritaron al centinela en la entrada del pueblo.

—Buenos días —respondió el centinela; porque el reloj había dado las doce—. ¿Su nombre y profesión? —preguntó el centinela al que primero se apeó del carruaje.

—Véalo usted mismo en el pasaporte —respondió—. Yo soy yo mismo —y parecía un tipo famoso, ataviado con piel de oso y botas de piel—. Soy el hombre en quien muchas personas ponen sus esperanzas. Ven a verme mañana y te daré un regalo de Año Nuevo. Reparto chelines y peniques entre la gente; doy bailes, nada menos que treinta y uno; de hecho, ese es el número más alto que puedo gastar en bailes. A menudo mis barcos se congelan, pero en mis oficinas hace calor y se está cómodo. Mi nombre es Enero. Soy comerciante y generalmente llevo mis cuentas conmigo.

Luego se apeó el segundo. Parecía un tipo alegre. Era director de teatro, director de bailes de máscaras y animador de todas las diversiones que podamos imaginar. Su equipaje consistía en un gran tonel.

—Bailaremos hasta sacar el tapón del tonel en Carnaval —dijo—. Prepararé una melodía alegre para ti y para mí también. Desgraciadamente, no me queda mucho tiempo de vida; de hecho, tengo el tiempo más breve de toda mi

familia: sólo veintiocho días. A veces me convidan un día extra; pero me preocupo muy poco por eso. ¡Hurra!

—No debe gritar así —dijo el centinela.

—Ciertamente puedo gritar —replicó el hombre—. Soy el Príncipe Carnaval, viajando bajo el nombre de Febrero.



Salió el tercero. Parecía una personificación del ayuno; pero llevaba la nariz muy en alto, pues estaba emparentado el dios de la guerra, y era un profeta del tiempo. Pero ese no es un oficio muy lucrativo, y por eso alababa el ayuno. En su ojal traía un ramito de violetas, pero eran muy pequeñas. —Marzo, Marzo —lo llamó el cuarto, dándole una palmada en el hombro—, ¿no hueles algo? Date prisa en la sala de guardia; están bebiendo ponche allí; esa es tu bebida favorita. Ya puedo olerlo aquí. Adelante, Maestro Marzo.

Pero no era cierto; el orador solo quería recordarle su nombre, y hacer de él un tonto de Abril; porque el cuarto generalmente comenzaba su carrera con esa diversión. Parecía muy jovial, trabajaba poco y tenía más vacaciones.

—Si el mundo fuera un poco más tranquilo —dijo—, pero a veces estoy obligado a estar de buen humor y a veces de mal humor, según las circunstancias; ahora lluvia, ahora sol. Puedo reír o llorar, según las circunstancias.

Tengo mi guardarropa de verano en esta caja aquí, pero sería muy tonto ponérmelo ahora. Aquí estoy.

Después de él, una dama salió del carruaje. Se hacía llamar Señorita Mayo. Llevaba un vestido de verano y chanclos; su vestido era verde claro y llevaba anémonas en el pelo. Estaba tan perfumada con tomillo silvestre que hizo estornudar al centinela.

—Salud, y que Dios te bendiga —fue su saludo para él. ¡Qué bonita era! ¡y una gran cantante! No cantante de teatro, ni de baladas; no, sino cantante de de los bosques; porque ella deambuló por el feliz bosque verde, y tuvo un concierto allí para su propia diversión.

—Ahora viene la señorita —dijeron los del carruaje; y salió una dama joven, delicada, orgullosa y bonita. Era la señora Junio, a cuyo servicio la gente se vuelve perezosa y aficionada a dormir durante horas. El día más largo del año da una fiesta para que sus invitados tengan tiempo de probar los numerosos platos en su mesa. De hecho, tiene su propio carruaje; pero aun así viajó en el coche del correo, con el resto, porque quería mostrar que no era remilgada. Pero no estaba sin protector; su hermano menor, Julio, estaba con ella. Era un joven regordete, vestido con ropa de verano y con un sombrero de paja. Llevaba muy poco equipaje con él, porque era muy incómodo cuando hace mucho calor; tenía, sin embargo, pantalones de baño, que no son nada elegantes. Luego venía la propia madre, con miriñaque, la señora Agosto, comerciante al por mayor de frutas, propietaria de un gran número de estanques de peces y cultivadora de tierras. Era gorda y acalorada, pero podía

usar bien las manos y ella misma les llevaba cerveza a los trabajadores del campo. Después del trabajo, venían las recreaciones, bailes y juegos en el bosque verde, y la fiesta de la vendimia. Era una ama de casa concienzuda.



Tras ella salió del carruaje un hombre, pintor; es el gran maestro de los colores, y se llama Septiembre. El bosque, a su llegada, debía cambiar de color cuando él lo deseaba; ¡y qué

bonitos son los colores que elige! Los bosques brillan con tonos de rojo, dorado y marrón. Este gran maestro pintor podía silbar como un mirlo. Era rápido en su trabajo y pronto entrelazó los zarcillos de la planta de lúpulo alrededor de su jarra de cerveza. Era un adorno para la jarra, y tiene un gran amor por los adornos. Allí estaba, parado con su bote de colores en la mano, y ese era todo su equipaje.

Le siguió un hacendado, que en el mes de sembrar se ocupaba de la labranza y era aficionado a los deportes de campo. El hacendado Octubre traía consigo a su perro y su arma, y tenía nueces en su morral. "Crac, crac". Llevaba mucho equipaje, incluso un arado inglés. Habló de agricultura, pero lo que dijo apenas se oía por las toses y jadeos de su vecino.

Era Noviembre, quien tosió violentamente al salir. Estaba resfriado, por lo que usaba continuamente su pañuelo de bolsillo. Dijo que pensó que su resfriado nunca lo dejaría

cuando salía a cortar madera, porque era un maestro aserrador y tenía que suministrar madera a todo el distrito. Pasaba las tardes preparando suelas de madera para los patines, porque sabía —decía— que en unas pocas semanas se necesitaría ese tipo de calzado para divertirse patinando.

Por fin hizo su aparición la última pasajera, la anciana madre Diciembre, con su taburete. La dama era muy vieja, pero sus ojos brillaban como dos estrellas. Llevaba en el brazo una maceta en la que crecía un pequeño abeto.

—Guardaré y cuidaré este árbol —dijo— para que crezca en la víspera de Navidad y llegue desde el suelo hasta el techo, para ser cubierto y adornado con velas encendidas, manzanas doradas y figuritas. El taburete estará tan cálido como una estufa, y entonces sacaré un libro de cuentos de mi bolsillo y lo leeré en voz alta hasta que todos los niños en la habitación estén completamente callados. Entonces las figuritas del árbol cobrarán vida, y el angelito de cera de la copa extenderá sus alas de pan de oro y descenderá volando de su verde percha. Besaré a todos en la habitación, grandes y pequeños.



—Bueno, ahora el carruaje puede irse —dijo el centinela—; ya tenemos a los doce. Que se resguarden los caballos.

—Primero, que los doce vengan a mí —dijo el capitán de turno— uno tras otro. Los pasaportes los guardaré aquí. Cada uno de ellos estará disponible durante un mes; cuando eso haya pasado, escribiré el comportamiento de cada uno en su pasaporte. Señor Enero, tenga la bondad de venir aquí.

Y el señor Enero dio un paso al frente.

Cuando haya pasado un año, creo que podré decirte lo que los doce pasajeros te han aportado a ti, a mí y a todos nosotros. Ahora no lo sé, y probablemente incluso ellos mismos no lo sepan, porque vivimos en tiempos extraños.